

PRIMAVERA INFANTIL

El Destino me señaló, un día que ya empieza a ser lejano, una calle de las afueras de nuestra ciudad, para vivir allí el transcurso de mi infancia y parte de mi adolescencia. En aquel entonces, aquella calle era de las que su nombre lo conocían solamente sus habitantes y los carteros. El resto de la población la desconocía, porque no se la podía considerar como una calle urbana, ni de paso. Hablar de la calle del Dr. Presas a quienes no eran sus moradores, era como hablarles del lejano Oriente. Y, sin embargo, ya han visto los lectores hace poco y gracias a nuestro buen amigo de redacción Lupaxa, lo que su nombre representa dada la importancia del personaje guixolense que ella recuerda.

En esta calle, pues, me correspondió, en suerte, pasar la primavera de mi vida. Fue como un privilegio, porque vivir en la calle del Dr. Presas cuarenta años atrás, era algo así como vivir al norte del Edén. Detrás de sus casas, por un lado, ya se extendía toda la campiña sonriente y prometedor. Y gracias a esta feliz situación, los habitantes de «mi calle» tenían resuelta una cuestión social y moral que mucho se ha perdido: la de vivir simultáneamente del campo y de la ciudad.

Quizá de esta situación, también, se debía la unidad con que vivíamos los vecinos aquellos. Formábamos como una sola familia. Nos ayudábamos mutuamente, nos apreciábamos, y también reñíamos para, al día siguiente, volver a reconciliarnos. Casi todas las familias éramos propietarios de la casa que habitábamos, casas que habían sido ganadas a fuerza de sacrificios y de trabajos excesivos. De ahí que la vida de toda aquella vecindad más bien se proyectara de cara hacia su pequeño mundo cual era la calle y la campiña que la rodeaba, que no de cara hacia el mar con sus ramblas, calles y paseos.

Para la gente menuda de aquel rincón, el círculo era, todavía, más reducido. El mar, que desde allí podía divisar de él solamente un reducido espacio, nunca llegaba a darme la impresión de sus rutas infinitas, ni de su bravura imponente o de su calma maravillosa. En cambio, nos era fácil divisar la salida y llegada de todos los trenes, puesto que la estación la teníamos a tiro, como diríamos. ¡Y que de veces acudíamos a un puente transversal sobre su trazado, cerca de la salida, para sentirnos envueltos en el humo expulsado por la locomotora en esfuerzo jadeante para ganar la férrea cuesta!

Si nuestros padres, debido a sus trabajos cotidianos u otros quehaceres, veíanse obligados a bajar cada día a la ciudad, de nosotros, los pequeños, puede decirse que no pasábamos de allí donde empezaban las vertientes de todas las calles que afluyen al corazón y a lo selecto de San Feliu. Con nuestros campos, una riera, una era, y con la roca cuyo nombre ya lo dió a conocer Lupaxa, teníamos más que suficiente para nuestras correrías y juegos infantiles. Y esto sin dejar de ser escolares, porque todos acudíamos, muy puntualmente, a una escuela de allí cerca.

De entre los favores que nos concedía la calle del Dr. Presas, había la llegada de la Primavera que nos colmaba a todos de alegría. Nosotros la recibíamos antes que nadie. Para nosotros eran sus primeros saludos, sus tibios resplandores. El pájaro abubilla, antes de adentrarse por la ciudad y ver de afinarse en algún tejado ruinoso, primero se pasaba unos días entre nosotros en algún hueco de las cercanas rocas. Otro tanto hacían las golondrinas y los vencejos, mientras el campo se volvía más y más sonriente. En aquellos momentos, toda aquella familia que se ayudaba, que se apreciaba y que reñía para luego reconciliarse, parecía despertar de un sueño. Todos acudíamos, grandes y pequeños, a nuestros verjeles situados en la parte trasera de nuestras casas y comprobábamos, nuevamente, la llegada de la Primavera con sus dones. Allí estaba el trabajo de nuestros padres, sus angustias anteriores, to-

do convertido en sustento primoroso para los de la casa. Quizá el diálogo que se derivaba de toda aquella plantación no era el más adecuado para un capítulo auténticamente romántico, aunque del campo se tratara, pero nadie podía dudar de que aquel conjunto de verjeles con su exuberancia formaba un todo exclusivo para la admiración.

Era en la primavera, también, que el campo de acción de la gente menuda aquella se ensanchaba considerablemente. Los límites, ya no los señalaba la campiña circundante. Se buscaban nuevos horizontes, siempre hacia el norte, que llegaban cada año, dentro del término municipal del pueblo vecino. Los días se habían alargado y esta circunstancia ayudaba mucho a las descubiertas. Solía ocurrir en las tardes de los jueves, cuando la escuela, en un gran sentido del buen entendimiento, creía que la tarde de los jueves era para descansar. Y era entonces, pues, en aquella tarde de asueto, que los chicos de calle del Dr. Presas salían a lo lejos con sus sacos, a la busca de las hierbas preferidas con que engordar a los conejos de sus respectivas casas.

Confieso que yo no era de los más aventajados en aquella herbácea recolección, porque siempre podía comprobar, cuando regresábamos a la casa, que mientras los sacos de los compañeros no podían de ninguna manera doblegar en sus hombros de tanta hierba que contenían, el mio se adaptaba a la perfección, sin riesgo de que se cayera. Sin embargo, nuestra llegada era recibida con el contento de toda la familia ante aquel comportamiento ejemplar, y ahora, lejos ya de aquella primavera juvenil, me pregunto si en las calles de las afueras de la ciudad se continúa, por parte de los chicos, yendo a recoger hierbas para sus conejos

en las tardes de asueto de los jueves primaverales.

También a nuestra calle y a nuestra campiña les llegaba cada año el eco de unos días tristes, inactivos, silenciosos. Eran los de Semana Santa. Sin movernos de nuestros límites cotidianos, presentíamos en todos partes aquellos momentos de dolor y de crucifixión. La naturaleza que nos rodeaba parecía detenerse en su marcha. No nos llegaba ningún ruido, ninguna señal de actividad. Solamente nos llegaba de la ciudad, en la tarde del Jueves Santo, toda la población que, vestida con sus mejores galas venía a rendir su tributo anual de dolor al Redentor Crucificado de la Capilla del Asilo Municipal.

Luego, el Destino volvió a mandar. Oí hablar entre los míos de una casa muy grande cerca del Paseo del Mar. Los vecinos me decían que desde entonces pasaría a ser un señorito, puesto que iba a cambiar el norte del Edén por lo selecto de la ciudad. Yo no podía emitir ningún juicio porque aún era joven para ello. En cambio, ahora me sentiría con sobrados conocimientos para poderlo manifestar. Cuarenta años encima me ayudarían mucho para ello.

Lo inevitable fue que en el número 25 de la calle del Dr. Presas se levantaron los muebles y ajuar. A continuación, traspasamos el límite señalado por el comienzo de la vertiente de las calles que afluyen al corazón de San Feliu, y mientras detrás de nosotros quedaron alejados para siempre los vecinos queridos, la campiña y todos los recuerdos, el mar dejaba de ser un reducido espacio para pasar a ser uno de mis nuevos adeptos. El corazón de la ciudad nos recibía, pero sin los límites luminosos que antes me habían sido señalados.

En realidad, al norte del Edén se había quedado, para siempre, toda mi primavera infantil.

Lorens

HOTEL

COSTA

BRAVA



PROPIETARIO:

Leopoldo Prats

PLAYA DE ARO